

nos la dió un punto de vista intermedio, la posición del camarada Trotzky". No estoy refiriéndome a mis propios recuerdos, ni a conversaciones con interlocutores, no importa cuán altamente situados estuvieran, sino a las actas oficiales de las sesiones del C. E. C., editadas en 1929 por la Oficina de Publicaciones del Gobierno. La citación hecha más arriba (pág. 214) probablemente aparecerá para el señor Rolland como completamente inesperada. Pero ello deberá convencerle de cuán irresponsable es, para quinquiera que sea, escribir acerca de temas sobre los cuales no sabe absolutamente nada.

El señor Rolland nos enseña — particularmente a mí — que el gobierno soviético puede celebrar acuerdos, si es necesario, aún con los gobiernos imperialistas. ¿Vale la pena un viaje a Moscú para semejante revelación? Los trabajadores franceses se ven todos los días obligados a tratar con los capitalistas, en la medida en que estos continúan existiendo. Un estado soviético no puede renunciar al derecho que tienen todos los sindicatos. Pero si un dirigente sindical, al firmar un contrato colectivo anunciara públicamente que él reconoce y aprueba la propiedad capitalista, nosotros le llamaríamos traidor. Stalin, no firma meramente un acuerdo práctico sino que por encima e independientemente de esto aprueba el crecimiento del militarismo francés. Todo trabajador con conciencia de clase sabe que el ejército francés existe principalmente para salvaguardar la propiedad de un puñado de explotadores y para apoyar el dominio de la burguesía francesa sobre 60 millones de esclavos coloniales. A causa de la justa indignación surgida en las filas obreras por la declaración de Stalin, hoy día se hacen intentos, uno de ellos a través de R. Rolland, para explicar que "prácticamente" todo está como entonces. Pero por nuestra parte no depositamos ni un ápice de crédito en ello. La voluntaria y demostrativa aprobación de Stalin del militarismo francés — uno puede suponerlo—no fué hecha para iluminar a la burguesía francesa, que no la necesitaba con tanta urgencia y que la recibió bastante irónicamente. La declaración de Stalin podría haber tenido un solo propósito: debilitar la oposición del proletariado francés a su propio imperialismo para comprar a este precio la confianza de la burguesía de ese país respecto de la estabilidad de una alianza militar con Moscú. Esta política, a despecho de todas las calificaciones, es ahora rigurosamente continuada. Los chillidos de "L'Humanité" contra Laval no alteran de ninguna manera el hecho de que la internacional stalinista se haya convertido en el agente político de la Sociedad de Naciones, en la cual domina este mismo Laval, o su primo Herriot, o su consorte británico Baldwin, que no es mejor que Laval.

Con muy poca autoridad, el señor Rolland decreta que la nueva política de la internacional stalinista continúa manteniéndose en estricta armonía con las enseñanzas de Lenin. En este caso, la solidaridad del partido stalinista francés con la política exterior de León Blum — el "socialfascista" de ayer que, en todo caso, permanece fiel a sí mismo; — el arrastrarse ante Eduardo Herriot que no muestra

la más mínima inclinación a convertirse en traidor al capitalismo francés; el apoyo a la Sociedad de Naciones — este estado mayor de las intrigas imperialistas, — por los partidos stalinistas; ¿todo esto puede deducirse de las enseñanzas de Lenin? No. El señor Romain Rolland haría mejor en volver a sus estudios sobre las enseñanzas de Mahatma Gandhi. En vez de detenerse y mirar en torno críticamente, Rolland desciende de las alturas, a las filas de los apologistas oficiales de la burocracia thermidoriana. En vano estos caballeros se consideran a sí mismos "amigos" de la revolución de octubre. La burocracia es una cosa, la revolución otra completamente distinta. El Comisario del Pueblo Litvinov es un "amigo mío" e incluso del burgués conservador Herriot. Pero de esto no debe deducirse que la revolución proletaria deba considerar a Herriot como a uno de sus amigos.

Es imposible preparar los venideros días de la revolución de otro modo que mediante una irreconciliable lucha contra el ré-

gimen de absolutismo burocrático que se ha convertido en el peor freno del movimiento revolucionario. La responsabilidad de los métodos terroristas de la juventud soviética recae enteramente sobre la burocracia, que ha amordazado a la vanguardia de la clase obrera y que reclama de la juventud sólo ciega obediencia y glorificación de los jefes.

La burocracia ha concentrado en sus manos recursos colosales, de los cuales a nadie rinde cuentas. Estos recursos incontrolados le proporcionan, en particular, la oportunidad de mantener y distribuir a manos llenas jugosas dádivas a cualquiera de sus útiles "amigos". Muchos de estos son difícilmente distinguibles en su catadura psicológica de los académicos y periodistas franceses que son amigos profesionales de Mussolini. No tenemos ninguna inclinación a incluir a Romain Rolland en esta categoría. Pero, ¿por qué tacha tan desenfadadamente la línea de demarcación? ¿Por qué se encarga de comisiones indignas?

La ruta de la integración latinoamericana

Por ANTENOR ORREGO

= Envío del autor. Cajamarca (Perú). Agosto de 1935 =

1.—Hacia la virginidad

En el ensayo anterior (1) hemos estudiado la colisión formidable de la cultura europea con las culturas autóctonas del Nuevo Mundo. Este choque significó una trágica desgarradura en los senos de América, pero, no, en unos senos vírgenes como acostumbra decirse, sino en unos senos que encerraban la riqueza ingente de un pasado milenar. Nada más contrario que la idea de virginidad aplicada a las culturas americanas, muchas de las cuales se encontraban en varios aspectos, en un estadio superior de civilización a los pueblos europeos. Para encontrar paridad cronológica había que recurrir a la remota cultura de los egipcios o a las viejas culturas del Oriente, como lo están probando los recientes estudios arqueológicos. Los sacerdotes del Tahuantinsuyo y del Imperio de Moctezuma podían parodiar lo que dijo de los griegos a Herodoto el Gran Sacerdote egipcio al ser interrogado acerca de la cronología de su pueblo, diciendo: **Vosotros los europeos sois unos niños.** La matriz de América era, pues, una matriz llena de experiencia. De ella había surgido un majestuoso pasado, pleno de fascinación, que aun hoy comienza apenas a sospecharse.

Para que América arribara a su virginidad y a su juventud, era preciso que los dos elementos principales de la colisión, el indio y el europeo, tornaran, por descomposición, al caos primordial, al limo informe, al **humus** original y primitivo. Esta descomposición debía alcanzar, también, a las demás razas, como la asiática y la africana, que vinieron, después, a fundirse en este inmenso crisol telúrico. De allí han surgido el mestizo y el criollo, forma o etapa de transición hacia el nuevo tipo o nuevo hombre de América. El mestizaje es un camino de los pueblos, pero, no, un objetivo y una meta. El mestizo es un puente, un eslabón, o un esta-

do transitivo, pero nunca una forma estable y orgánica de vida. Así se explica que el criollo o mestizo colonial sea un producto híbrido, no sólo en su constitución física, sino, también, en su estructura espiritual y psíquica. A este hibridismo fisiológico corresponde ese hibridismo cultural y ético que observamos en todas las manifestaciones de la vida latinoamericana. Así como el mestizaje es una yuxtaposición de sangres, es, igualmente, una yuxtaposición de estados anímicos que no han llegado todavía a ligarse en un conjunto coherente y unitario. De ahí esa moción pugnaz interna que caracteriza el alma del latinoamericano durante la Conquista, el Coloniaje y la República y que se traduce en un ser neutro, híbrido, pasivo y subalterno, con respecto a todas las valías espirituales, morales y psíquicas del hombre.

En los pueblos y en las razas no hay esa discontinuidad vital que se observa en el hombre, considerado como individuo, cuando éste se desintegra. Es muy cierto aquello de que a una muerte y a una decadencia sucede siempre un nuevo brote, un nuevo nacimiento. Muere y se descompone el indio, pero, también, muere y se descompone el europeo para que surja, luego, una nueva estructuración, una nueva conformación fisiológica y espiritual del hombre.

No hay muerte ni desintegración absolutas, ni en la naturaleza ni en la historia. Se disuelven y mueren las formas de expresión de un ciclo cultural, pero, la modalidad cósmica, el sentido espiritual, la estructura síquica que esas formas realizaron, se transmiten como continuidad hereditaria hacia el porvenir, más bien dicho, hacia el **devenir** del Espíritu. La equivocación de Spengler consiste en no ver en las culturas sino formas simples y estructuras morfológicas pasajeras y de allí el significado vano, quimérico y pesimista de su pensamiento global.

Este proceso de desintegración y descom-

(1) Véase el *Rep. Am.* N.º 1 del tomo en curso.